

La noción de «Centro» en la teoría literaria moderna

La idea de “centro” como elemento que ocupa una posición privilegiada dentro de un sistema, como punto de donde parten o convergen acciones particulares ha estado dominando durante largos años (en ciertos sistemas podríamos hablar de siglos¹) nuestras creencias más básicas, creencias aceptadas como presupuestos dados, poco sujetos a cuestionamiento. Los principios que encierran términos como *alma*, *bueno*, *serio*, *hombre*, *verdad* han ocupado de una manera más o menos permanente según los casos, una posición central en sus respectivos sistemas *alma/cuerpo*, *bueno/malo*, *serio/trivial*, *hombre/mujer*, *verdad/falsedad*... y han traído consigo el consiguiente amoldeamiento de nuestras actitudes básicas en el transcurso de nuestra existencia.

Si tomamos en consideración la idea decimonónica de Arnold sobre la literatura como un sustituto de la religión, ante el fracaso de ésta en satisfacer las necesidades emocionales del individuo en una sociedad materialista, no ha de extrañarnos que el movimiento más fuerte de rechazo a un sistema existen-

(1) La centralización del elemento «hombre» en el sistema hombre/mujer es reflejo del absoluto predominio de la sociedad patriarcal durante siglos. La teoría deconstructiva derridiana ha permitido al feminismo descentralizar la presencia masculina y situar ambos elementos del sistema en un mismo nivel.

cial presidido por el principio de centro haya procedido de la propia literatura.

Por otro lado, la filosofía del lenguaje ha contribuido indirectamente a resaltar el papel de la literatura al considerar la posición superior del lenguaje como sistema de comunicación. De este modo novedosas y rupturistas teorías dentro de la lingüística como ciencia del lenguaje han pasado a presidir otros campos de conocimiento, siendo el literario el más directamente influido. La interdependencia de la literatura o la lingüística y la filosofía ha hecho que la primera, desde su posición prioritaria en la labor de descentralización, haya bebido en fuentes filosóficas -de Platón a Wittgenstein- inspiradas en ese mismo principio². Partimos pues del campo de la literatura y de la filosofía del lenguaje para observar en diversas teorías literarias el principio de descentralización como rechazo a otras teorías y concepciones previas.

Es principalmente en las teorías postestructuralistas en donde el rechazo al centro se hace más evidente, principalmente en la deconstrucción de Jacques Derrida y Paul De Man, pero también en la teoría de la recepción de Stanley Fish. El objetivo común de esas teorías es la oposición al New Criticism que surgió entre los años 30 y 60 como reacción a la crítica romántica, amateur e impresionista. Pretendía esta última el mantenimiento, la celebración y la comunicación de "valores humanos universales" que no han sido desafiados a pesar de todos los cambios y revoluciones en las sociedades humanas. Existiría, según el sentido común del empirismo británico, la necesidad de conservar los "grandes textos" de manera que pudieran continuar transmitiendo su sabiduría

(2) Sobre la siempre problemática relación «crítica literaria/filosofía» ver Leavis (1952): "Mutually Necessary" en *The Critic as Anti-Philosopher* incluido en *The Common Pursuit*, p. 186-208. Leavis aboga por una relación informal entre ambas disciplinas en los Departamentos de Inglés.

eterna y pudieran seguir alimentando sensibilidades. El grupo de los "New Critics" en Gran Bretaña y en América fue el primero en proclamar que la crítica literaria habría de ser una disciplina autónoma que habría de concentrarse en el análisis textual pormenorizado. De hecho, este grupo de críticos agrupados alrededor de Leavis asumieron la concepción que los románticos tenían de la literatura como un todo, una unidad, a lo que añadieron su espíritu de análisis "científico". Más que como un fenómeno antiromántico, este grupo se definiría como postromántico. Sin embargo, son las teorías modernas (estructuralismo, marxismo, postestructuralismo -teoría de la recepción, feminismo, deconstrucción) las que habrán de ser consideradas como antirománticas, anti-humanistas, anti-empiristas. Rechazan el privilegio de la emoción, la creencia en la unidad y en la identidad de la subjetividad humana, la fe ciega en la observación y la experiencia como únicas fuentes de conocimiento, así como la idea de un centro como esencia o principio fundamental.

Stanley Fish, Paul De Man y Jacques Derrida han deconstruido o desmitificado la noción de "centro" en sistemas diferentes que están, de todos modos, interrelacionados: en lenguaje cotidiano/literatura (Fish), en gramática/retórica, metonimia/metáfora, alegoría/símbolo (De Man), y en ser/voz o en términos saussirianos significante/significado (Derrida).

Stanley Fish acepta como válida la definición de lenguaje ordinario como aquel que se relaciona con el mundo objetivo, aquel que meramente presenta hechos o los contempla independientemente de cualquier consideración de valor, interés, propósito... Nos referimos al también denominado lenguaje científico, lógico, denotativo, no metafórico, representacional, referencial, descriptivo, objetivo. La literatura sería considerada como "algo" que se deja fuera en una descripción lingüística de un texto. Dicho de otro modo, el contenido del lenguaje queda

especificado independientemente de cualquier valor humano. Será necesario crear otra entidad que sitúe en primer lugar estos valores. La literatura sería dicha entidad (por defecto, todo lo que el lenguaje rechaza). De acuerdo con esta teoría desviacionista, la literatura tendría un estatus periférico. Es decir, se consideraría el lenguaje ordinario como *centro normativo*, como origen, como “presencia” (*presence* en terminología derridiana), como el elemento con un estatus superior dentro de una jerarquía. Siguiendo este principio, la definición de literatura que se ha dado más arriba sería, según Fish, “message plus”, es decir, será literatura todo lo que se separe del centro. O dicho de otro modo, será literatura todo lo que se considere forma. De ahí que aquellas obras que ofrezcan información sobre el mundo real haciendo uso de términos simples, sin figuras retóricas, sin tropos serían consideradas no literarias. Del mismo modo, si consideramos de nuevo el lenguaje cotidiano como centro, obtendríamos asimismo otra definición de literatura a la que llamaríamos siguiendo a Fish “message-minus”. Ahora entendemos como literatura aquellas obras que llegan a coincidir con el centro, que se reúnen con el centro, es decir, aquellas que reflejan el núcleo proposicional. El problema surge entonces al quedar excluidas como no literarias obras como *The Fairie Queene* con todas sus figuras retóricas. Estaríamos hablando de literatura como contenido.

Todas estas incongruencias proceden, en opinión de Fish, de la incapacidad de los lingüistas para definir el lenguaje literario. Como solución, Fish procede a descentralizar o deconstruir el centro (entendido, según hemos visto más arriba, como lenguaje ordinario). Y lo hace no a base de conceder a la literatura una posición superior en el sistema jerárquico lenguaje ordinario/literatura, sino que, por el contrario, lo que hace es privar al lenguaje ordinario de toda su fuerza superior. Considera que no existe un lenguaje denotativo y objetivo como tal, sino que nosotros, individuos, lo

impregnamos de obligaciones, de valores humanos que son nuestros. Así, de este modo, ya el lenguaje ordinario estaría en la misma posición que la literatura (a la que previamente, recordemos, se la había definido como la que aporta valores o juicios humanos al lenguaje cotidiano). *No existe el lenguaje cotidiano* (*There is no Such Thing as Ordinary Language*) afirma Stanley Fish³. Lo que caracteriza a la literatura no son pues meras propiedades formales, sino una actitud hacia aquellos elementos que pertenecen por derecho constitutivo al lenguaje. Todavía estamos hablando de literatura como categoría, pero como categoría abierta, no definible en términos de ficcionalidad, o de indiferencia respecto a verdades proposicionales, o de predominio estadístico de figuras o tropos, sino que quedaría definida en términos de qué es lo que nosotros queremos introducir en esa categoría abierta. Como puede verse, se trata de poner el énfasis en el papel del lector como receptor -principio que guiará toda la teoría de Stanley Fish.

Una dificultad obvia que surge de esta teoría es la de cómo evaluar una determinada obra. Y es aquí donde la estética entra en juego. En la teoría esbozada por Fish, hablaríamos de una estética más local que universal, reflejo de una decisión individual sobre lo que cuenta como literatura. Esa decisión seguirá teniendo fuerza siempre que una comunidad de lectores o de creyentes continúe obrando de acuerdo con ella. El texto da señales al lector para que éste se enfunde su equipo de "percepción literaria" en el momento de enfrentarse a él. De este modo, la estética se convierte en un estudio empírico más que teórico, un estudio que sería isomórfico con la historia del gusto literario. Difiere Fish en este punto de Leavis⁴, quien establece una

(3) Ver Stanley Fish (1980): "How Ordinary is Ordinary Language?" en *Is there a Text in this Class?*, Harvard Univ. Press, Cambridge, Massachusetts.

(4) Consultar Leavis (1986): "Thought, Meaning and Sensibility: The Problem of Value Judgement" en *Valuation in Criticism*.

diferencia entre gusto y sensibilidad, asociando el primero con la filosofía y el segundo con la literatura. Considera Leavis que el gusto implica convención, expectación positiva, mientras que la sensibilidad es poco convencional y está relacionada con una disposición sensible en el lector para percibir y responder a nuevos valores. Así es como actuaría el poeta, el genio (*man of genius*), opina Leavis, en oposición al filósofo.

Las mismas asunciones que, según hemos visto anteriormente, la lingüística tradicional hace respecto a la literatura entran en juego al hablar de *estilo*. El estilo como tal ha permanecido como una cuestión aislada, al ser considerado bien como una manera distintiva de emplear las reglas del lenguaje cotidiano (estilo como elección) o como partida y separación de esas reglas (estilo como desviación). Fish hará uso de los mismos principios que han guiado su descentralización del lenguaje ordinario para desmitificar y descentralizar, en este caso, el estilo.

El estilo, entendido como retórica, como lo que Fish considera desviación, aparece en tensión con la gramática en la teoría deconstructivista de Paul De Man. Nos encontramos, pues, ante una tensión semejante a la observada en Fish entre lenguaje cotidiano/literatura. Según De Man, a raíz de los recientes avances en el campo de la lingüística (gramática generativa y transformacional) el centro en la tensión gramática/retórica ha correspondido al primer elemento, a la gramática. De hecho, el estudio de tropos y de figuras se ha convertido en una mera extensión del estudio de los modos gramaticales. Menciona asimismo De Man a Ducrot y a Todorov como defensores de que la retórica siempre se había contentado con el estudio paradigmático de las palabras (las palabras se sustituyen unas a otras), sin cuestionar siquiera la relación sintagmática entre las mismas (contigüidad de unas y otras). De Man deconstruye esa presencia de la gramática como centro y lo hace mostrando cómo la retorización de la gramática y la gramatización de la

retórica no han de excluirse mutuamente⁵. Un texto literario dado asevera y niega simultáneamente la autoridad de su propio modelo retórico. Por un lado, la afirmación del predominio de la metáfora sobre la metonimia debe su poder persuasivo al

(5) Para ilustrar la retorización de la gramática De Man ofrece el siguiente ejemplo tomado de la literatura popular: La esposa de Archie Bunker le pregunta si éste quiere que le haga una lazada en los zapatos hacia arriba o hacia abajo, a lo que Archie Bunker responde con indiferencia "¿cuál es la diferencia?". Al ser su esposa una lectora bastante simple, le explica pacientemente la diferencia entre una lazada hacia arriba o hacia abajo, con lo cual sólo contribuye a aumentar la ira de Archie. La pregunta "¿cuál es la diferencia?" no se refería exactamente a explicar diferencias, sino que vendría a significar "Bastante me importa la diferencia, cualquiera que ésta sea!". La pregunta retórica se presenta como una simbiosis aparente entre una estructura gramatical y una retórica, siendo la figura retórica transmitida a través de un recurso sintáctico. La gramática nos ha permitido hacer la pregunta, pero la frase utilizada niega la propia posibilidad de preguntar. Un mismo paradigma sintáctico (la pregunta) engendra una frase con dos significados: uno que afirma (sentido literal), otro que niega (sentido figurado) su propio modo ilocucional. Se produce, de este modo, un enigma retórico (ilustrativo del propio potencial retórico del lenguaje). Es decir, los recursos gramaticales o lingüísticos no son suficientes para decidir cuál de los dos significados permanece. No hay pues lugar para la lógica. Este hecho engendra numerosas posibilidades de que existan aberraciones referenciales, por lo que la literatura se identificaría con la capacidad retórica del lenguaje. La gramática ha sido retorizada.

Por otro lado, De Man hace uso de un texto de Proust para ilustrar la gramatización de la retórica. Se trata de uno de esos pasajes en que Proust dramatiza, en términos de la experiencia de un individuo, una estructura retórica. Es decir, se produce la dramatización de tropos haciendo uso de paisajes o de descripción de objetos. La figura que aparece dramatizada en el pasaje es la de la metáfora, una correspondencia de interior/exterior representada en el acto de lectura:

I had stretched out on my bed, with a book, in my room which sheltered, tremblingly, its transparent and fragile coolness from the afternoon sun, behind the almost closed blinds through which a glimmer of daylight had nevertheless managed to push its yellow wings, remaining motionless between the wood and the glass, in a corner, poised like a butterfly. It was hardly daylight enough to read, and the sensation of the light's splendour was given me only by the noise of Camus... hammering dusty crates; resounding in the sonorous atmosphere that is peculiar to hot weather, they seemed to spark off scarlet stars; and also by the flies executing their little concert, the chamber music of summer: evocative not in the manner of a human tune that, heard perchance during the summer, afterwards reminds you of it but connected to summer by a more necessary link; born from beautiful days, resurrecting only when they return, containing some of their essence, it does not only awaken their image in our memory; it guarantees their return, their actual, persistent, unmediated presence.

uso de estructuras metonímicas. Por otro lado, una cláusula metonímica tiene como sujeto una voz cuya relación con dicha cláusula es metafórica. Es decir, el narrador que nos habla de la imposibilidad de la metáfora es a su vez, él mismo, o ello mismo una metáfora, la metáfora de un sintagma gramatical.

Dentro del ámbito de la retórica, De Man deconstruye (desmitifica, descentraliza) asimismo la idea tradicional sobre la presencia del símbolo como centro en la literatura europea del s. XIX, ocupando la alegoría una posición más relegada. En un análisis de la literatura decimonónica francesa, inglesa y alemana⁶ De Man observa una analogía entre mente y naturaleza, entre constataciones de orden moral y fenómenos sensuales en los poemas locodescriptivos del siglo XVIII. Con todo, esta analogía asociativa, este predominio del símbolo sólo corresponde a un breve período de tiempo, mientras que la época de finales de siglo y comienzos del Romanticismo estaría caracterizada por el predominio de la alegoría. La descentralización a la que

The dark coolness of my room related to the full sunlight of the street as the shadow relates to the ray of light, that is to say it was just as luminous and it gave my imagination the total spectacle of the summer, whereas my senses, if I had been on a walk, could only have enjoyed it by fragments; it matched my repose which (thanks to the adventures told by my book and stirring my tranquility) supported, like the quiet of a motionless hand in the middle of a running brook the shock and the motion of a torrent of activity". (*Swann's Way*. Paris: Pléiade, 1954, p. 83.).

El aspecto más sorprendente de este pasaje es la yuxtaposición de lenguaje figurado y metafigurado. Se observan metáforas seductoras que evocan objetos irresistibles: música de cámara, mariposas, estrellas, libros, arroyos, etc., objetos que aparecen inscritos en imágenes figuradas de fuego luminoso. El propio pasaje comenta de forma normativa cuál es el mejor modo de conseguir tales efectos; el pasaje es en este caso metafigurado; se escribe figurativamente sobre figuras. Se contrastan dos modos de evocar lo natural de la experiencia del verano, y sin ambigüedad, el pasaje manifiesta su preferencia por uno de esos modos. Esa preferencia queda asimismo expresada en la distinción entre metáfora y metonimia, analogía y contigüedad. Hay una referencia a la superioridad estética de la metáfora sobre la metonimia. Se trata de la gramatización de la retórica.

(6) Para la lectura de este ensayo sobre literatura decimonónica inglesa, francesa y alemana, hemos elegido la versión inglesa. Paul De Man (1983): "The Rhetoric of Temporality" en *Blindness and Insight*.

nos conduce De Man está basada en premisas de temporalidad (también Derrida hace uso de este concepto de tiempo en su noción de "differance" para deconstruir el significado como centro). En el mundo del símbolo, la imagen puede llegar a coincidir con la sustancia y la relación que mantienen entre sí es de simultaneidad, o más bien diríamos espacial. Asimismo la intervención del tiempo se reduce únicamente a una cuestión de contingencia. Sin embargo, en el mundo de la alegoría, el tiempo es una categoría constitutiva originaria. La relación entre el signo alegórico y su significado no está decretada por dogma, sino que nos encontramos ante una relación entre signos cuya referencia a sus respectivos significados adquiere sólo una importancia secundaria. Continúa siendo necesario que el signo alegórico se refiera a otro signo que le precede. De esta manera, el significado del signo alegórico puede consistir sólo en la repetición de un signo previo con el que nunca coincide, ya que la esencia de este signo previo es siempre la de pura anterioridad. Mientras que el símbolo postula la posibilidad de una identidad o identificación, la alegoría designa ante todo una distancia en relación con su origen. Asimismo, la alegoría renuncia a la nostalgia, al deseo de llegar a coincidir, y establece su lenguaje en el vacío de esta diferencia temporal.

La prevalencia, del «tiempo presente» en el símbolo, presencia que De Man ha deconstruido, sirve asimismo a Derrida para deconstruir la esencia del significado como centro en el sistema saussuriano significante/significado. En el ámbito del estructuralismo, la propia estructura presupone un "centro" de significado, que no está en sí mismo estructurado. Este centro gobierna la estructura y garantiza el ser (being) como presencia (presence). Ser es asimismo equivalente a esencia, sustancia, verdad, forma, comienzo, final, propósito, conciencia, hombre, Dios... En el sistema jerárquico saussuriano, el centro ocupa la posición más elevada en el sistema, por lo que estaríamos hablando de un sistema logocéntrico. Es decir, el centro está

ocupado por la palabra. De este modo, el ser como centro es la palabra, o en términos saussirianos el significado. Derrida asume las posturas de Nietzsche y de Heidegger en su deconstrucción del centro. El primero ha intentado descentralizar el significado argumentando que sus obras no están subordinadas a ningún tipo de verdad o de entendimiento divino ("En el principio fue la palabra" - Nuevo Testamento). Heidegger por su parte ha afirmado e insistido en que el ser ha sido producido como historia sólo a través de la palabra, y no es nada fuera de ésta. Tal hecho demuestra, según Heidegger, que fundamentalmente nada se escapa del movimiento del significante (y en último término, la diferencia entre significante y significado es nula).

De hecho, el ser (el significado) se manifiesta en la voz, que viene a representar la retirada del significante. Se trata de una experiencia única en la que el significado se produce a sí mismo espontáneamente desde su propio interior. La voz (la palabra hablada) parece estar más cercana al pensamiento que la palabra escrita. Nos encontramos ahora, pues, ante un sistema fonocentrista. La voz ha desplazado al significado. La presencia completa de éste no ha podido llegar a darse debido a la naturaleza dividida del signo, división que queda mejor apreciada en el concepto derridiano de "differance". Esta palabra nos ayuda a comprobar cómo fonológicamente no advertimos ninguna diferencia entre la /a/ de "differance" y la /e/ de "differance", sin embargo, si establecemos un cambio de vocales en la escritura se produce ambigüedad, manifestándose de este modo la naturaleza dividida del signo. En efecto, "differ" con /i/ se refiere a un concepto espacial que indica cómo el signo emerge de un sistema de diferencias que están espaciadas dentro de un sistema ("differance" como espaciamiento). "Deffer" con /e/ es un concepto temporal que indica cómo los significantes imponen un interminable aplazamiento de lo que hemos denominado presencia ("differance" como temporizador). Este concepto nos ayuda a entender, de nuevo, la deconstrucción de la presencia del símbolo que hemos visto en De Man. Es decir,

la simultaneidad como «presencia» en el símbolo es deconstruida por medio de lo que se ha denominado "differance". "Differance" advierte que el signo que se ha derivado de una presencia originaria y ya perdida está de nuevo moviéndose hasta alcanzarla, pero ese momento en el que se vaya a encontrar con el objeto al que representa será siempre postpuesto. Esta "differance" que encontramos en un sistema logocéntrico, en donde la palabra (logos, ser, significado) no puede encontrarse con la presencia, aparece ignorada en el fonocentrismo, que insiste en la autopresencia de la palabra hablada.

Hemos comprobado entonces cómo el significado ha sido descentralizado en favor de la voz, pero ahora nos encontramos con que la palabra hablada insiste en su autopresencia, por lo que habrá de ser asimismo deconstruida, esta vez en favor de la palabra escrita a la que no hace falta deconstruir porque carece de presencia. Ya que tanto el discurso hablado como el escrito comparten rasgos de escritura (el habla es un tipo de escritura), se llega a la conclusión de que ambos son procesos de significación que carecen de presencia.

Esta deconstrucción del centro, esta pérdida de presencia la ha entendido De Man (al analizar la alegoría en oposición al símbolo) como una renuncia a la nostalgia y al deseo de coincidir. De Man nos recuerda cómo el propio Wordsworth hablaba de la pérdida del ser en la muerte o en el error. Este teórico señala asimismo cómo Defoe y Rousseau en su uso de la alegoría han preferido poner el énfasis en la dureza del trabajo, en el esfuerzo, en la virtud, todo ello también como renuncia. Jacques Derrida, tal como hemos visto, hace uso asimismo de esta idea y establece una oposición entre Rousseau y su actitud negativa, culpable, nostálgica por la pérdida del centro, y Nietzsche quien se inclina por una afirmación positiva del juego en el mundo de los signos, donde no habría sentido de culpa, sentido de verdad, de origen, sino que tales signos quedarían abiertos a una interpretación activa.

Toda esta deconstrucción no habría sido posible sin haber tenido en cuenta las estructuras ya existentes (para desconsuelo de quienes consideran esta teoría como totalmente destructiva, es necesario recordar que la deconstrucción trabaja dentro del ámbito de otras teorías previas incorporando conceptos básicos en su epistemología). Es éste un hecho que Derrida ha aceptado claramente en su artículo "Of Grammatology". Y así lo muestran sus propias palabras:

The movements of deconstruction do not destroy structures from the outside. They are not possible and effective, nor can they take accurate aim, except by inhabiting those structures. Inhabiting them *in a certain way* because one always inhabits, and all the more when one does not suspect it. Operating necessarily from the inside, borrowing all the strategies and economic resources of subversion from the old structure, borrowing then structurally, that is to say without being able to isolate their elements and atoms, the enterprise of deconstruction always in a certain way falls prey to its own work⁷.

ISABEL GARCÍA MARTÍNEZ

Universidad de Oviedo

(7) Hemos consultado asimismo la traducción inglesa. Jacques Derrida (1992): "Of Grammatology" en *Acts of Literature*, p. 41.